

Chascon contra Tarrain



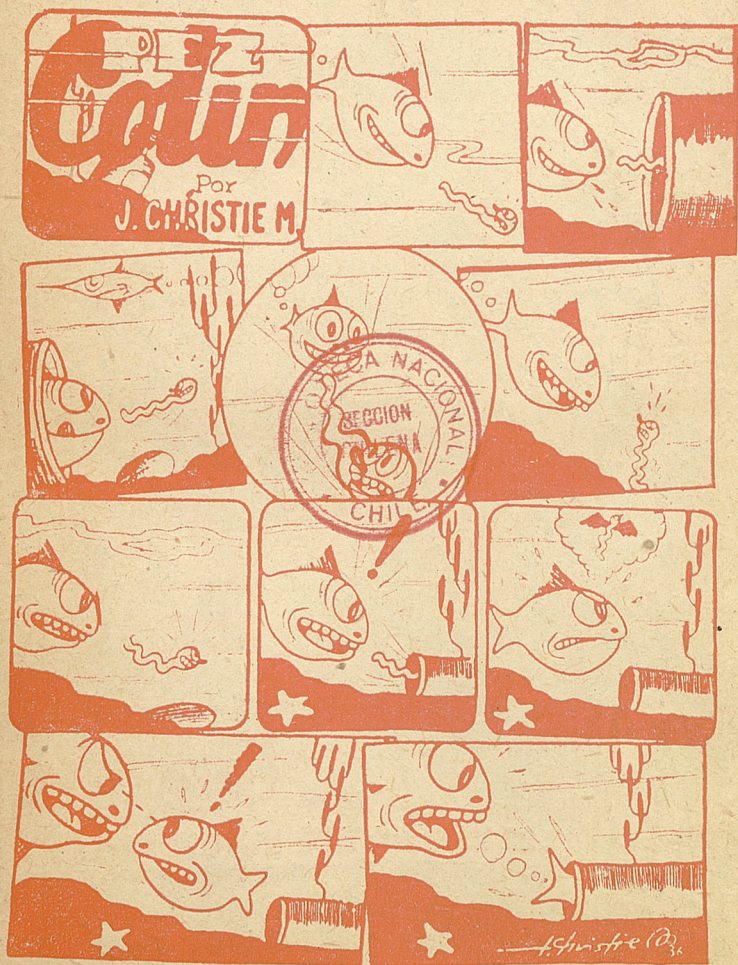
Chascon
Revista infantil

Nº 20
Año 1



Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Esta aventura del pez Colin nos hace ver que siempre
el pez grande se come al chico.



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 20

Mientras Chascón se decidía a partir en busca de la Princesa de los Diamantes, la pobre mujercita estaba encerrada en la cueva de los bandidos, que se burlaban de ella cruelmente. Aunque la infeliz lloraba a mares al verse tan sola y sin protección, ninguno de esos bandoleros era capaz de conmoverse.

Puño de Hierro pensó que convenía alejar sin pérdida de tiempo a la Princesa; de manera, pues, que preparó unos caballos para que Tarzán se la llevara lejos, al otro lado de los montes. Se temía que de un momento a otro vinieran los soldados del Rey, capitaneados por Chascón, a buscar a la Princesa.

En cuanto los caballos estuvieron prontos, Tarzán hizo montar en uno a la Princesa, la amarró en su silla y echó a correr con rumbo desconocido, acompañándola, bien armado, en otro caballo.

—¡Já, já, já! — se burlaba Tarzán por el camino. — Cuando llegue Chascón



con los soldados, no va a encontrar ni rastro de la desaparecida.

La Princesa de los Diamantes, llena de susto, no decía palabra. Gemía en silencio y su caballo galopaba veloz, montaña adentro, por un paisaje desolado, en el que no se oía ni el grito de un pájaro siquiera. La soledad era, por aquellos lados, verdaderamente espantosa.

Pero Chascón había resuelto libertar a la Princesa y siempre cumplía su palabra. Montó, pues, en un caballo muy corredor y partió a la montaña. Durante el trayecto, mil pensamientos se le presentaron: una vez que la Princesa quedara libre, ¿se casaría con él?... ¿Podría derrotar definitivamente a Tarzán?... ¡Ah, en cuanto cayera en sus manos no volvería a perdonarle la vida al muy infame!

Galopaba Chascón, pensando en todo esto. Toc, toc, toc-toc, toc, toc, hacía su caballo con sus livianos cascos al galopar por el campo inmensamente solo.

De repente divisó, lejos, la montaña en que Puño de Hierro vivía con su banda de foragidos. Detuvo su caballo para observar bien y pensó que, si era atacado, se defendería como un león.

Un bandido le vió venir y dió aviso a los demás. Inmediatamente, en silencio, los bandoleros trataron de coger por la espalda a Chascón. Y lo cogieron, en realidad, cuando menos se lo imaginaba. Le hicieron caer del caballo y lo condujeron a presencia del terrible Puño de Hierro.

Fué tan sorpresivo el asalto que Chascón ni siquiera atinó a defenderse.

—Ya me vengaré después — pensaba Chascón, lleno de furia.

(Lea las páginas centrales y verá algo más interesante)

EL DRAGON Y EL PRINCIPE

Una vez vivía un príncipe llamado Valeroso. Bien merecía tal nombre, porque no existía otro más valiente que él. Ningún otro caballero habría sido capaz de vencerlo y así su fama se difundió hasta lejanas regiones.

Una princesa, tan buena como hermosa, le prometió otorgarle su mano en la próxima primavera, y Valeroso estaba persuadido de que sería muy feliz con ella.

Llegado el mes de abril, el príncipe se dirigió a la corte del padre de su prometida, con objeto de llevársela. Más cuando hubo traspuesto la frontera y penetró en el país de su princesa, observó, muy extrañado, que la gente lo miraba con tristeza y que luego volvía el rostro para evitar sus preguntas.

—¿Qué significará eso? — se preguntó el príncipe. — Y como entonces acertara a pasar un muchacho, lo llamó, diciéndole: — Ven aquí, muchacho, y explicame la razón de que todos parezcan estar muy tristes. ¿Qué les pasa?

—¡Ay, es a causa de la princesa Rosalinda!—contestó el muchacho con dolorida voz y echando a correr, antes de que el príncipe pudiese detenerlo.

Luego preguntó a una mujer, que le dió la misma respuesta. El príncipe Valeroso creyó sentir que una fría mano le oprimía el corazón, pues temió que hubiese muerto su amada princesa.

—¿Ha muerto acaso? — preguntó.

—No lo sabemos — contestó aquella mujer. — ¡Ah, pobre princesa Rosalinda!

El Príncipe Valeroso no pudo contener su impaciencia y, clavando las espuelas en los ijares de su caballo, le obligó a emprender un galope furioso hasta llegar al palacio de los reyes, que eran los padres de Rosalinda.

Arrojó las riendas a un lacayo y empezó a subir las gradas de la puerta principal del palacio. Tal era su deseo de adquirir noticias, que se encaminó en línea recta a la sala del trono, donde estaban los reyes y se arrodilló ante ellos.

—¡Salud! — les dijo. — ¿Dónde está Rosalinda? ¿Por qué el pueblo se muestra tan triste y todos se alejan de mí en cuanto me ven?

—¡Ay! — contestó el rey con acento dolorido. — Se vuelven porque conocen el dolor que habrás de sentir. Rosalinda, nuestra hermosa Rosalinda, ha sido raptada por el mago Fosco y no hay modo de recobrarla.

Valeroso se puso blanco como la nieve, porque adoraba a la princesa con todo su corazón. Luego se puso en pie y llevó la mano a la empuñadura de la espada.

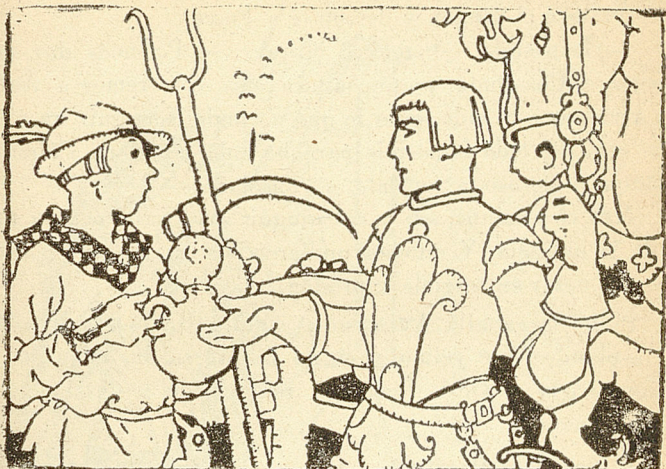
—Mataré a ese mago sin la menor piedad — prometió. — ¿Adónde ha llevado a Rosalinda?

—A su propio país, que está a diez jornadas de aquí— contestó el rey con el mismo acento de tristeza, en tanto que la reina llenaba de lágrimas su pañuelo de seda. — Mas nada podrás hacer, Valeroso, a pesar de tu ánimo y de tu esforzado corazón. Envié un poderoso ejército al castillo del encantador, pero lo hallaron vigilado por un dragón, animal tan espantoso que nadie se atrevió a acercarse siquiera.

—¿De modo que tu ejército ha regresado sin la princesa Rosalinda? — exclamó Valeroso con el mayor desdén. — ¿Es posible que un ejército no haya logrado vencer a un dragón?

—No pudieron matarlo — contestó el rey. — Dispararon millares de flechas contra sus relucientes escamas, pero

él se las sacudió como si fuesen gotas de agua. Por fin, tres mil lanzas fueron a herir al monstruo, pero sin causarle más daño que si fuesen alfileres. ¡Oh, cuántos valientes caballe-



Preguntó a un muchacho la razón de que todos estuviesen tan tristes

rros dieron su vida! Cuando querían matar al monstruo con sus espadas, él les arrancó las cabezas, de modo que de todo mi numeroso ejército sólo regresaron veinte a darme cuenta del desastre.

—Eso es algo monstruoso — exclamó el príncipe, lleno de cólera. — ¿Por qué el mago Fosco ha de retener a Rosalinda, guardada por un dragón aborrecible?

—Lo ha hecho por rencor a ti — contestó el rey, dando un gran suspiro.—Tú diste muerte a su hermano, el malvado Caballero Negro, que se dedicaba a robar a los viajeros. Y cuando él se enteró, hizo el juramento de arrebatarte a tu prometida, para obligarla a que fuese su esposa. El día primero de mayo se casará con ella. Y cuando se entere de tu cólera

y de tu pena, creará vengada la muerte de su hermano.

— ¡Pues yo voy a rescatar a la princesa! — exclamó Valeroso, incapaz de esperar más. — El mago no la hará suya, pues mataré el dragón y derrotaré a Fosco.

— ¡Imposible! — replicó el rey. — Podemos dar por muerta a Rosalinda, porque nunca más volveremos a verla. No arriesgues tu vida, pues lo que no pudo conseguir un ejército será del todo imposible para un solo caballero. Cálmate, príncipe Valeroso y quédate a consolarnos.

Más el príncipe, sin hacer ningún caso, salió a toda prisa de la estancia. Y quienes pudieron ver su rostro, se asustaron al notar su terrible expresión.

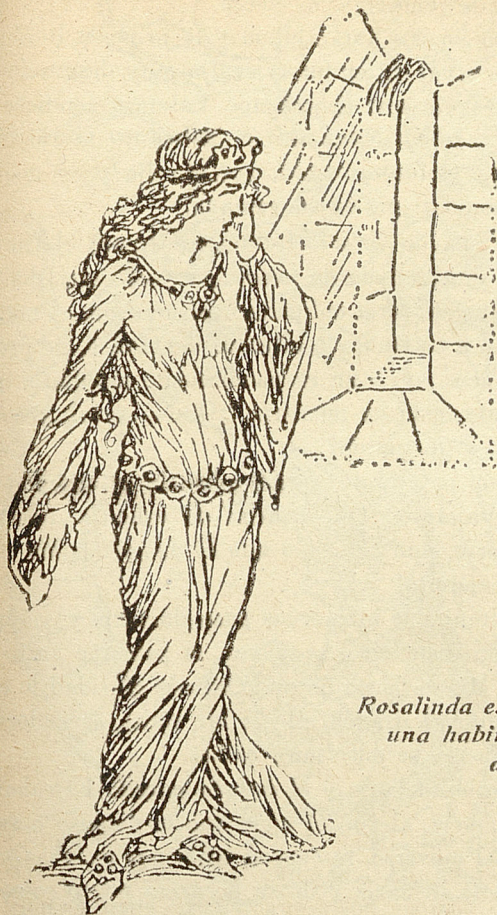
Pidió su caballo Animoso y montó. Brilló el sol sobre su resplandeciente yelmo y en su larga espada, mientras se dirigía hacia el Oeste, hacia el reino árido y desolado del mago Fosco.

La princesa Rosalinda estaba encerrada en una torre del castillo del mago. Una escalera de caracol conducía desde su estancia al pie de la torre, cuya puerta, muy sólida, daba al valle. La puerta no tenía el cerrojo corrido, pues ello era innecesario, ya que el mago había confiado la vigilancia de la puerta y de la princesa al dragón espantoso, de modo que nadie se habría atrevido a acercarse siquiera.

Una sola cosa consiguió distraer el mortal aburrimiento de la princesa. Ello fué el día en que vió aparecer en el valle el poderoso ejército de su padre.

Mas ¡ay!, con los ojos llenos de lágrimas fué testigo de la destrucción del ejército, de la muerte de los valerosos campeones y de la fácil victoria del dragón. Pudo ver que muy pocos conseguían emprender la fuga y, amargamente, se echó a llorar, al presenciar aquel triste espectáculo. Estaba ya segura de que no había esperanza para ella y que, al fin, habría

de casarse con el malvado Foseo, cuando volviese a su lado, el día primero de mayo.



*Rosalinda estaba encerrada en
una habitación de la torre
del mago*

—Voy hasta el fin del mundo, en busca de un regalo de boda más maravilloso que cuanto hayas podido ver en tu vida — le dijo. — Mi dragón te guardará para mí. Y si llega

tu cobarde príncipe Valeroso, el dragón le dará muerte. Ahora seca las lágrimas y prepara sonrisas para mi regreso, porque, de lo contrario, conocerás mi cólera.

Se desvaneció como si fuera humo y la princesa lloró un día y una noche sin parar, porque se sentía muy desgraciada. Su única esperanza era que el príncipe Valeroso acudiese a salvarla, aunque también temía que en este caso el valiente joven muriese ante el feroz dragón, que, de día y de noche, permanecía enroscado al pie de su ventana.

Cierto día, y cuando ya sólo faltaban dos para el fin de abril, la princesa estaba llena de temor, pensando que, dentro de muy poco tiempo, se vería obligada a casarse con el mago. Muy triste, miraba a través de la estrecha ventana y, de pronto y a gran distancia, vió a un resplandeciente caballero, que se acercaba al galope de su montura. ¿Quién sería? ¿Acaso Valeroso, su heroico prometido?

Con el corazón palpitante, siguió mirando en aquella dirección. Sí, era Valeroso. ¡Qué prueba de valentía daba al acudir en su socorro, aun sabiendo que el dragón había destruido a todo un ejército!

Desde su ventanita le hizo señas para llamarlo y vió que se detenía a cierta distancia. A su vez, el príncipe agitó la mano y la llamó. Más la joven no pudo oír con claridad lo que le decía. En cuanto al dragón, al oír las voces, se enderezó y gruñó, y la princesa se puso muy pálida.

Valeroso siguió adelante y el dragón mugió. El caballero siguió avanzando y, al fin, el monstruo se dispuso a salir a su encuentro. Al moverse, resonaron todas sus escamas y el aliento que salió de su nariz y de su boca era negro como el humo.

Entonces el caballo de Valeroso se detuvo, penetrado de terror, porque nunca había visto u olfateado un animal tan espantoso como el que tenía delante. Y en vano Valeroso qui-



Valeroso levanta la espada

so hacerlo avanzar, porque el bruto se negó a moverse.

De pronto y sin que nada lo hiciera sospechar, el asustado caballo volvió grupas y echó a correr, llevándose a su jinete. El dragón dió un gruñido de satisfacción y volvió a enroscarse al pie de la muralla. Se figuró que el caballero se había asustado y emprendido fuga.

Mas Rosalinda estaba persuadida de lo contrario, pues pudo ver muy bien que el fugitivo era el caballo y no el jinete. Luego observó cómo éste echaba pie a tierra y amarraba su montura al tronco de un árbol. Hecho esto, espada en mano, volvió hacia el castillo, aunque procurando no hacer ruido para coger por sorpresa al dragón.

El monstruo se desperezó al sol y cerró los ojos. Lejos, el caballo relinchaba, mirando tristemente a su amo, y el dragón abrió un ojo para cerrarlo en seguida.

Entonces Valeroso tuvo una buena idea. Si el dragón continuara dormido quizá podría pasar entre él y el muro y aun abrir la puerta y penetrar en el castillo. Detúvose y esperó a ver si el monstruo se movía. En efecto, los ojos del dragón permanecieron cerrados y, a poco, profirió espantosos ronquidos.

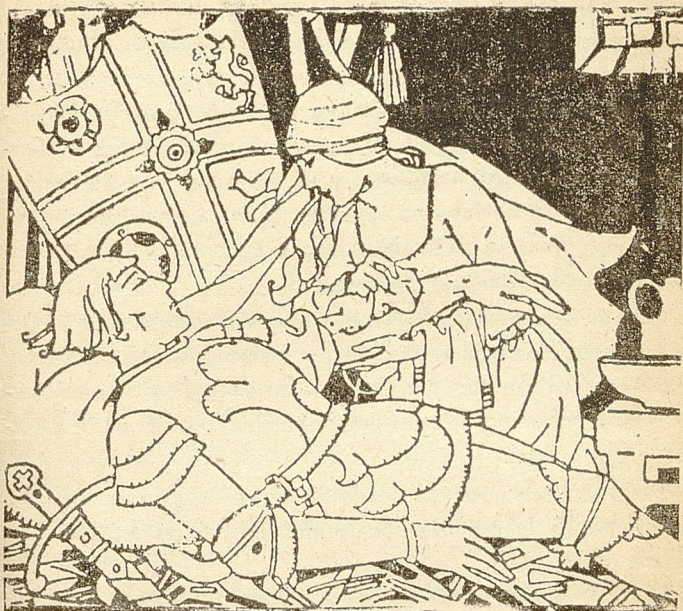
Valeroso avanzó despacio, por detrás de aquel feo ser y se acercó corriendo a la puerta. Mas el dragón lo oyó y, volviéndose rápidamente, atacó. Sus grandes garras arrancaron una parte del escudo de Valeroso, pero él no sufrió ningún daño. Cerró la puerta y, en vista de que no tenía cerrojo, se alarmó al principio, pero luego pudo observar que aquella entrada no habría dejado pasar al dragón, de modo que se tranquilizó.

—¡Rosalinda! ¡Rosalinda! ¿Dónde estás? — exclamó.

—Aquí, valiente príncipe mío — contestó la joven, con voz temblorosa, desde lo alto de la escalera de caracol y maravillándose de que el príncipe hubiese podido pasar por el

lado del dragón sin haber sufrido ningún daño, porque, desde su ventana, no pudo observar la astucia de que se valiera.

Este subió corriendo la escalera y estrechó en sus brazos



Rosalinda le vendó la herida

a la joven. Le explicó cómo había penetrado en el castillo y ella, a su vez, le dió cuenta de todo lo ocurrido hasta entonces y de que el mago se proponía casarse con ella el primero de mayo.

—Siendo así, habré de matar mañana al dragón — dijo el príncipe, — porque no podría luchar a la vez con él y con su amo. Además, no puedo salir por la puerta porque el dragón está junto a ella esperándome, de modo que habré de descolgarme por la ventana.

—Convienes que duermas bien esta noche, en tanto que yo, con las sábanas de mi cama, te haré una fuerte cuerda — dijo la princesa. — En este armario hallarás lo necesario para comer y beber. Comamos, pues, y luego te acostarás, hasta el amanecer, a fin de tener fuerzas para luchar con el dragón.

Comieron y luego el príncipe siguió el consejo de la joven, y se acostó. Mientras dormía, ella hizo tiras de las sábanas, las trenzó y así pudo obtener una cuerda larga y fuerte, que permitiría al príncipe descolgarse por la ventana. La luz de la luna penetraba en la estancia de la torrecilla y permitió a la joven seguir trabajando. Y en cuanto hubo terminado, fué a la ventana y se asomó.

Abajo estaba el dragón apoyado contra la puerta. Dormía entonces, como lo probaban los ronquidos. De su boca y de su nariz salía humo y chispas de fuego y la princesa tembló, comprendiendo que casi era imposible vencer a tal monstruo.

Se asomó un poco más y entonces vió algo muy curioso. En el fondo de la espalda del dragón habian un espacio desprovisto de escamas.

—Si Valeroso pudiese herirlo en ese junto, con toda seguridad lo mataría fácilmente — pensó. — Sin duda es su único punto vulnerable.

Despertó a Valeroso y le dió cuenta de su observación. El, a su vez, miró desde la ventana y distinguió aquel punto.

—¡Ah! — dijo. — Procuraré herirlo en ese lugar. Pero, mira, está a punto de amanecer y convendrá que me descuelgue por la ventana, antes de que despierte el dragón.

Besó a la princesa y luego dejó caer la cuerda que había hecho la joven. Ató el extremo superior a una barra de hierro y luego empezó a descender con el mayor silencio. En breve llegó al suelo y entonces, empuñando la espada, se acercó al dormido dragón.

Pero éste despertó en el acto y lo vió. Se apresuró a levantar la cabeza y mugió con tal fuerza, que casi dejó sordo al príncipe.

De su boca y de su nariz empezó a salir humo y fuego y tanto era el hedor que despedía, que Valeroso respiraba con dificultad.

De repente, el dragón se arrojó contra él, pero el príncipe le puso el escudo, para que clavase allí sus largas garras. Al mismo tiempo, Valeroso le dirigió una buena estocada, mas no pudo atravesar las duras escamas.

Rosalinda presenciaba, aterrada y ansiosa, aquella larga lucha. Habría querido auxiliar a su prometido, pero no podía hacer cosa alguna. Vió que Valeroso hería una y otra vez a su enemigo, mas sin grandes resultados, a causa de la dureza de las escamas que lo cubrían.

Continuó la lucha toda la tarde y Valeroso empezó a sentir cansancio. No había podido herir al dragón en el centro de la espalda. Al fin, sin embargo, decidió llevar a cabo una temeridad, es decir, montar sobre el lomo del animal y herirlo desde allí.

Esperó la oportunidad y, de pronto y con gran sorpresa del dragón, saltó y montó en él, cual si fuese un caballo. En vano fué que el monstruo quisiera hacerlo caer, porque no lo consiguió. Y el extraño jinete vió aquel punto vulnerable y dirigió a él su espada.

El enorme animal se estremeció y gimió de dolor; mientras tanto, el príncipe clavó su espada con toda la fuerza posible y, a los pocos instantes, tuvo la alegría de observar que su enemigo estaba muerto.

Apenas podía creer en su buena fortuna. Quedóse mirando al inmóvil dragón y luego levantó los ojos hacia la princesa, que le sonreía gozosa, al ver victorioso a su caballero.

Este, fatigado y hambriento en extremo, subió a la ha-

bitación de la joven. Entonces, un mordisco que le diera el dragón en el hombro, empezó a dolerle tanto, que el pobre príncipe se desmayó, cayéndose al suelo. Inmediatamente la princesa se arrodilló a su lado, le curó la herida y se la vendó con el mayor cuidado. Luego le sonrió y le dirigió sus alabanzas, de modo que el príncipe no tardó en recobrar su vigor.

Poníase ya el sol y Rosalinda se acordó, de pronto, que no tardaría en llegar el mago.

—Ocúltate detrás de esa cortina — dijo al príncipe — y cuando llegue el mago, podrás salir para darle muerte.

Valeroso obedeció y los dos aguardaron con la mayor ansiedad. A las doce en punto de la noche, oyeron pasos que subían por la escalera y, al fin, el mago penetró en la estancia.

—¿Quién ha dado muerte a mi dragón? — rugió. — Pero, en fin, veo que todavía estás aquí, princesa. Ahora me acompañarás para casarte conmigo y luego iré en busca del ejército que ha matado a mi dragón para destruirlo con mi magia.

—No ha sido un ejército el que mató el dragón — contestó la princesa. — sino un caballero.

—¿Un caballero? — exclamó desdeñosamente el mago. — ¡Es imposible! Supongo que ahora añadirás que le ha dado muerte tu cobarde príncipe.

—Pues siquiera esta vez dices la verdad — contestó la princesa. — Y en cuanto a mí, me niego en absoluto a casarme con un hombre tan malvado como tú.

El mago dió un grito de rabia y agarró el brazo de la princesa. Ella dió un chillido, y en el mismo instante, salió el príncipe y el mago se vió amenazado por su espada.

—¡Mátalo antes de que pueda hacerte víctima de un encantamiento! — exclamó la princesa.

Valeroso levantó la espada y se disponía a cortar de un



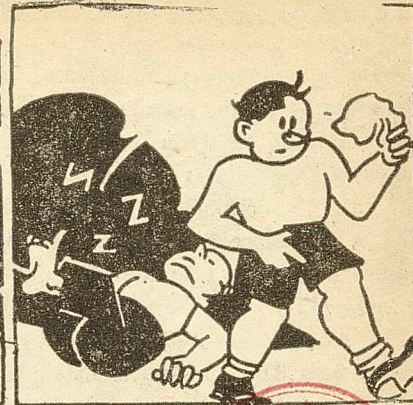
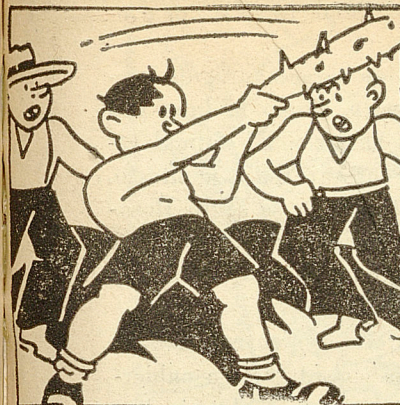
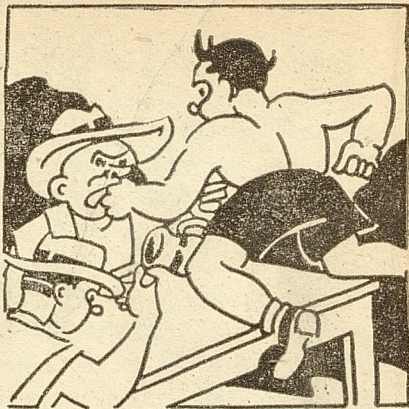
El mago se convirtió en una nube de humo

fajo la cabeza de Fosco, cuando éste pronunció unas palabras mágicas y se desvaneció, convertido en una columna de humo, a través de la cual pasó sin consecuencias la espada del joven caballero.

—¡Ha huído! — exclamó éste. — No he sido bastante rápido.

—Pues huyamos también, antes de que vuelva — dijo

(Continúa en la página 18)

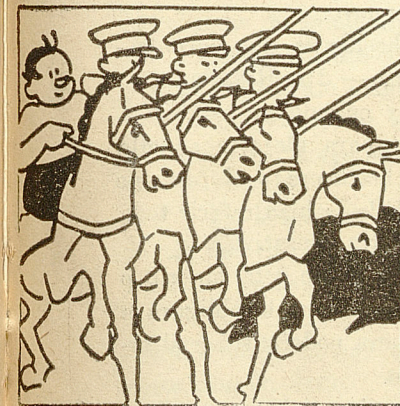
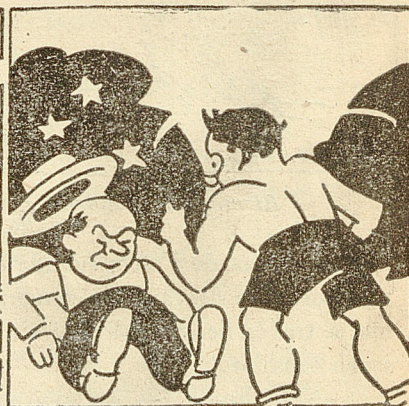
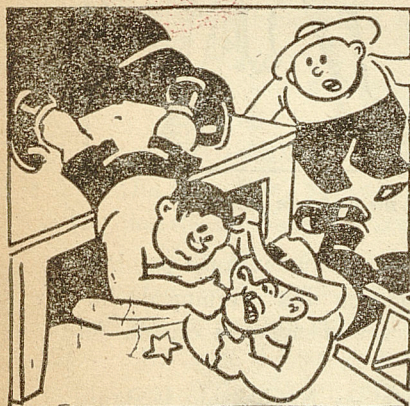


1.— Chascón fué llevado a presencia de Puño de Hierro, que se encontraba bebiendo una gran jarra de vino.

2.— Chascón, para demostrar su fuerza extraordinaria, rompió sus amarras y saltó sobre Puño de Hierro, que se tambaleó.

3.— Chascón cogió un garrote y comenzó a hacerlo girar. Tres bandidos cayeron mortalmente heridos.

6.— Antes de morir Chascón cogió un trozo de velo de la Princesa, que había quedado en el suelo.



3.— Los bandidos aullaron de alegría al presenciar la pelea. Puño de Hierro era forzado; pero Chascón era más...

4.— De un tremendo puñetazo, Chascón hizo caer a Puño de Hierro. Entonces los bandidos acudieron en su auxilio.

7.— En seguida regresó al Palacio Real y volvió a partir acompañado de un batallón de caballería.

8.— Puño de Hierro, con un ojo vendado, se preparó para hacer resistencia. Al amanecer siguiente, aparecieron los soldados.

¿Triunfará Puño de Hierro? ¿Qué hará Chascón si él triunfa?...

la princesa a su prometido. — Tu caballo nos espera. Por consiguiente, vámonos de aquí.

Bajaron a toda prisa la escalera de caracol y se dirigieron a donde estaba amarrado el caballo. Como la luna era muy clara, no tuvieron dificultad en hallarlo. El animal relinchó de alegría al verlos y ellos se apresuraron a montarlo.

Valeroso ocupaba la silla y en la grupa se sentó Rosalinda, sujetándose a la cintura de su compañero. Unas horas después amaneció y el mundo quedó inundado por la alegre luz del sol.

Los dos jóvenes se sentían muy felices mientras se dirigían al país de la princesa. Esta podía considerarse a cubierto de todo peligro. Era el primero de mayo y el dragón había muerto.

—La única cosa que me preocupa — dijo Valeroso — es el mago. Me parece que no pude darle muerte y, por lo tanto, es capaz de volver y raptarte de nuevo.

—Preguntaremos a la primera hechicera que encontremos, lo que sería más conveniente hacer — dijo Rosalinda.

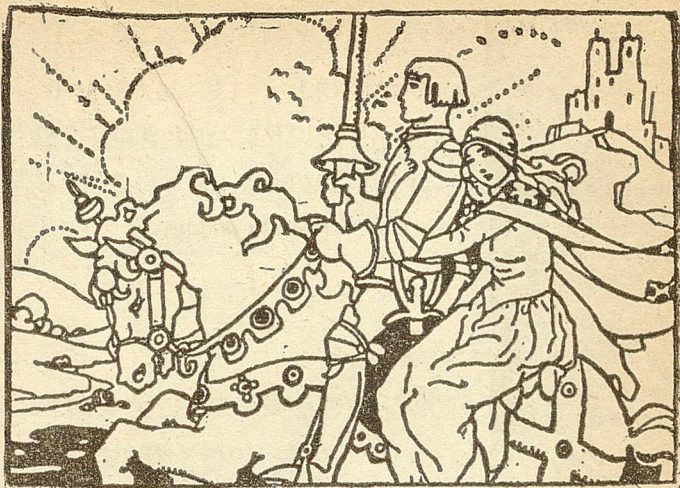
Después de cinco días de viaje y cuando ya estaban a medio camino, llegaron a una casita, para alojarse en ella durante la noche. Su dueña era una hechicera y el príncipe se aprovechó para pedirle su consejo. Ella le hizo referir toda la historia y luego se quedó unos instantes pensativa.

—No me será difícil averiguar si Fosco está muerto o no — dijo al fin. — Conozco un conjuro que le obligará a presentarse, si vive aún, y de esta manera podréis saber si está dispuesto o no a haceros algún daño.

Trazó en el suelo un círculo con tiza y luego murmuró unas palabras mágicas. De pronto apareció una columna de humo negro y Rosalinda, al verla, exclamó:

—¡El mago! ¡El mago!

—Toma tu forma humana — ordenó la hechicera. Pero



Se alejaron muy satisfechos

La columna de humo continuó inalterable y Fosco no se dejó ver. Entonces la anciana se echó a reír, dió siete palmadas y salió del círculo mágico.

Se desvaneció el humo y los dos jóvenes observaron su desaparición. Luego se volvieron a la anciana y pudieron ver que se sonreía.

—No le mataste — dijo al príncipe, — pero sí lo heriste de tal manera, que ya nunca más podrá recobrar su figura humana, es decir, que habrá de seguir siendo una columna de humo. Ese es un castigo terrible para un mago como Fosco. Seguid, pues, en paz vuestro viaje, porque ya no podrá haceros ningún daño.

A la mañana siguiente los dos príncipes continuaron su camino y cuatro días más tarde llegaron al palacio del rey. ¡Qué alegría tuvieron todos al verlos!

En su casamiento las campanas resonaron alegremente y en todo el país se celebró una fiesta general.



LO MEJOR, LO MAS NO-
VEDOSO Y LO MAS VA-
RIADO, EN JUGUETES
NACIONALES Y EX-
TRANJEROS.

*Los papás encontrarán
lo que necesitan,
y los niños lo
que desean*

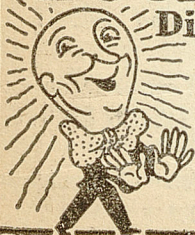
A. JACOB Y CIA

Sucesores de Burmeister & Co
AHUMADA 23, SANTIAGO
PLAZA ANIBAL PINTO - V. O'HAISSO.

LUCERITO WATT

Dice:

*Las cartulinas para el Concurso
anunciado pronto estarán listas.
En la Compañía Chilena de Electrici-
dad, Limitada, Sección Propaganda, se
darán informaciones a los niños que
las soliciten.*



EL FANTASMAVISCOOSO



Esta historieta nos enseña que hasta los fantasmas deben ser limpios

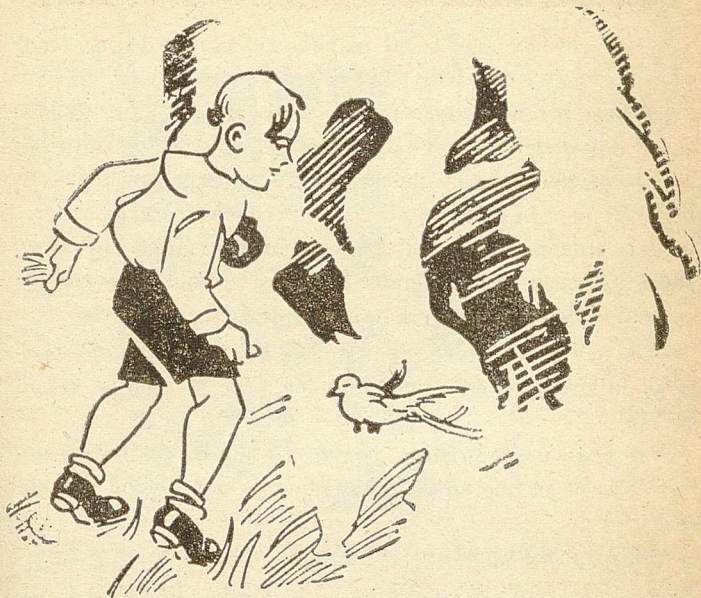
La Flor Encantada

Hace mucho, mucho tiempo, vivía en un lejano valle tendido al pie de una inmensa montaña azul un hermoso niño con su padre, un hacendado muy rico, y su madre, una señora bella y piadosa. Numeroso ganado pacía dulcemente en la gran heredad; aves de todas las especies y de los colores más raros paseaban airozas en amplios corrales al abrigo del viento y la lluvia. La casa, construida de blanca y luciente piedra, se ocultaba entre frondosas arboledas, rodeada de cristalinas fuentes y floridos jardines. En ella la vida de sus moradores transcurría placentera y feliz. Pero el verdadero regocijo de la casa era el niño que tenía un nombre sencillo y admirable: se llamaba Angel. Su carita, de tez rosada, era fresca y lozana como el musgo en las mañanas de primavera, y el cabello, ensortijado, abundante y rubio como el sol del domingo. En sus ojos claros, cuando miraba, se sentía la presencia de la piedad, la ternura y la gracia de los niños buenos.

Criado en la libre soledad del campo, se sabía de memoria todas las especies de flores, el color de todas las mariposas y, por sus cantos, distinguía graciosamente el nombre de todos los pájaros: los pájaros, que eran los fieles amigos de sus correrías por los bosques vecinos.

Sucedió que en una mañana de invierno, el campo amaneció todo cubierto de nieve. El sol estaba oculto entre espesas nubes grises. Los árboles, sin frondas y sin cantos, permanecían como adormilados. Sólo el viento, que nunca descansa, jugaba traviesamente con las hojas marchitas.

Acostumbrado a madrugar, Angel aquel día salió a corretear por el valle. Se revolcaba en la nieve, sacudía los árboles. Y cuando iba a internarse en el recodo de un ca-



Divisó a un lindo pájaro dorado

mino, divisó, con asombro, a un precioso pájaro dorado. El pobre animalito estaba entumecido de frío y hacía vanos esfuerzos por levantar el vuelo.

Miró al niño como diciéndole: — ¡Protéjeme!... — Angel, sin vacilar un solo instante, lo tomó en sus manos y trató de calentarlo en su pecho. El temor de que se le muriera hizo que lo llevara a su casa, donde lo colocó cuidadosamente cerca del hogar que ardía en la lujosa sala.

Poco a poco, al calor del fuego, el pájaro se fué desentumeciendo. Momentos más tarde, ya picoteaba migajas de pan

en las manos del niño. Y cuando hubo recobrado sus fuerzas, miró a Angel con esa ternura propia de los pájaros y, volando fué a posarse en un roble verde y alto que había frente a la ventana.

Desde entonces, todas las mañanas el pájaro de oro—porque éste era un verdadero pájaro de oro — entonaba los cantos más melodiosos para alegrar el corazón de su amiguito. Cuando éste se sentaba a la sombra del árbol, el pájaro bajaba y se acurrucaba en las manos de Angel como en un nido.

Pero una mañana, fea como un sueño malo, el niño no se levantó de su cama. Estaba triste, afiebrado, el semblante muy pálido. ¡El, que era tan jovial!

Sus padres se alarmaron mucho. Le colmaron de caricias, le prodigaron todos sus cuidados, pero el niño se sentía muy mal.

Fué así como la tristeza, con su vestido de sombra, penetró en la casa en que antes había reinado la felicidad vestida de sol.

Vinieron los médicos más famosos; recetaron los medicamentos más raros. Pero el niño no mejoraba. El dolor de los afligidos padres era cada vez mayor.

Mas Dios nunca olvida a los niños buenos, y envió su mensajero. Era este un viejo de barba larga, blanca y luciente como la de los abuelos de los cuentos, que vino a llamar a la verja de la casa. Solicitó que le dejaran descansar un instante de sus fatigas y le dieran con qué saciar su sed.

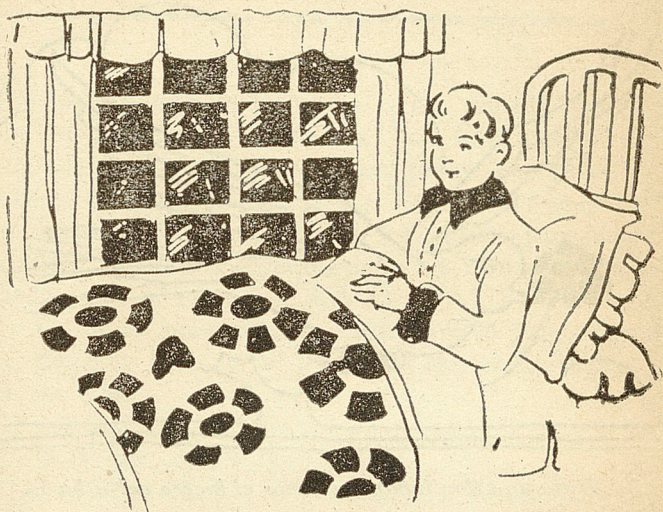
Le ofrecieron un vaso de leche recién ordeñada, y cuando lo hubo tomado, levantó lentamente la cabeza, y dijo:

—Adivino en vuestros semblantes una gran pena.

Y sin esperar respuesta, se dirigió hacia el dormitorio del niño. Angel se había dormido profundamente. Lo acarició,

le tomó el pulso; luego se alisó la espesa barba, y dijo como si hablara consigo mismo:

—Más allá del ancho mar azul, muy lejos, existe una



El niño se levantó de su cama. Estaba pálido y afiebrado

pequeña isla. En ella crece la flor encantada cuyo perfume cura todas las enfermedades y devuelve la felicidad a todos los corazones. Pero, ¡ay!, está tan lejos... Sólo con la gracia de Dios podría conseguírsela.

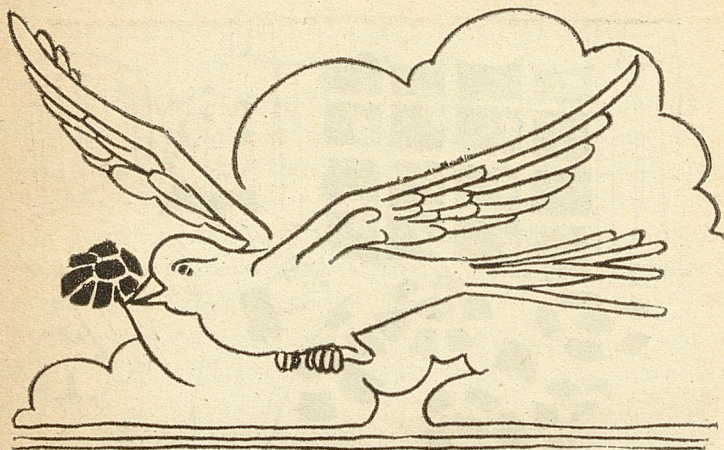
Y, sin más, se despidió de los amos de la casa y se alejó entre los árboles del camino.

El pájaro estaba alerta. Oyó las palabras del anciano y se quedó silencioso. De pronto, como por inspiración divina, sacudió sus alas, se las peinó y, levantando el vuelo, se perdió en el espacio lleno de sol.

Pasaron así tres largos días con sus largas noches.

Y he aquí que en la mañana del cuarto día se oyó un

débil canto que el niño reconoció en seguida. La ventana se abrió por sí sola, como por encantamiento, para dar paso al pájaro de oro. Este se posó en la cama de Angel y depositó



Traía una flor luminosa como el lucero del alba

en ella una flor blanca y luminosa como el lucero del alba. Luego levantó el vuelo hacia el roble verde y alto.

¡Era la flor encantada! Su delicioso perfume se expandió por la sala. El niño lo aspiró y, al instante, el color volvió a su rostro, el brillo a sus ojos y la sonrisa a sus labios: se había curado.

Y fué de esta manera cómo la felicidad, vestida de sol, y la alegría, adornada de flores silvestres, volvieron de nuevo a la casa...

La Virgen María y la Mentirosa

En las cercanías de un bosque muy poblado vivía un leñador con su mujer. Tenían un solo hijo, que era una niña de tres años de edad; y eran tan pobres, que no sabían como darla de comer. Una mañana el leñador salió muy triste a su trabajo y estando cortando leña, se le apareció una dama alta y hermosa, que llevaba en la cabeza una corona de resplandecientes estrellas, y le dijo:

—Yo soy la virgen María, madre de Jesucristo; tú eres pobre; dame tu hija, me la llevaré, la serviré de madre, y velaré por ella.

El leñador obedeció, fué a buscar a su hija y se la entregó a la Virgen, que la llevó al cielo.

Cuando cumplió los catorce años, la Virgen llamó un día a la niña y la dijo:

—Escucha niña, tengo que hacer un largo viaje; te entrego las llaves de las trece puertas del reino de los cielos; con ellas puedes abrir doce puertas, pero te prohíbo tocar la última. Se abre con esta llave; si la abres, serás muy desgraciada.

La niña prometió obedecer, y en cuanto se marchó la Virgen visitó una por una las habitaciones del cielo.

Sólo faltaba abrir la puerta prohibida y como tenía grandes deseos de saber lo que allí estaba oculto, dijo a los ángeles:

—No la abriré del todo; pero lo bastante para poder ver por una rendija lo que hay dentro.

—¡Oh, no! — dijeron los ángeles—. Sería un pecado,

La joven calló; pero un día que habían salido los ángeles, se dijo la niña:



Abrió la única puerta que no debía abrir

—Estoy sola y puedo abrir la puerta sin que nadie se entere.

Dicho esto, cogió la llave y la metió en el agujero de la cerradura, la cual era de oro primorosamente trabajado.

La puerta se abrió de repente, y apareció la Santísima Trinidad en medio de deslumbrantes rayos; la niña, admirada, extendió la mano hacia la luz, y sintió un tibio y delicioso calor en un dedo, que se le volvió de color de oro.

Entonces tuvo miedo, y cerró la puerta con violencia, alejándose con rapidez. Pero su dedo conservaba el color de oro, a pesar de las muchas veces que se lo lavó. Pocos días después regresó la Virgen de su viaje, llamó a la joven, y la pidió las llaves del cielo; al entregárselas, la Virgen la miró y la dijo:

—¿Me has desobedecido? ¿Has abierto la puerta prohibida?

—No — contestó la niña.

—¿De veras que no lo has hecho?

—No — contestó la niña por segunda vez.

La Virgen vió entonces el dedo dorado por el fuego celestial.

Por tercera vez la dijo:

—¿Insistes en que no has abierto la puerta?

—No — contestó la niña por tercera vez.

Entonces dijo la Virgen:

—No me has obedecido, y has mentado además; ya no eres digna de estar en el cielo.

Al decir la Virgen estas palabras, la joven se quedó profundamente dormida, y al despertar se encontró tendida en tierra en un despoblado.

Quiso llamar, pero no pudo articular una sola palabra.

El tronco hueco de un árbol la sirvió de albergue; en él se cobijaba durante la noche.

Pasaba una vida miserable, y al acordarse de la deliciosa vida que había llevado en el cielo y de sus juegos con los angelitos, lloraba amargamente: su alimento consistía en algunas hierbas y raíces.

Un día de primavera cazaba el joven Rey del país por aquel bosque y perseguía a un corzo; el animal se refugió en la espesura que rodeaba al viejo árbol seco; el Príncipe bajó del caballo, separó las ramas, y se abrió paso con la espada.

Cuando hubo logrado penetrar en aquel laberinto, vio sentada debajo del árbol a una joven maravillosamente hermosa.

La miró con asombro y la dijo:

—¿Cómo has venido a este desierto?

Ella no le contestó, pues desde que cometió el pecado por el cual se la arrojó del cielo, no podía despegar los labios.

El Rey, añadió, sin embargo:

—¿Queréis venir conmigo a mi palacio, hermosa joven?

Ella contestó afirmativamente con la cabeza.

El Rey la tomó en sus brazos, la subió en su caballo y se la llevó.

En el palacio la dió vestidos, y aún cuando observó que no podía hablar, era tan bella y graciosa, que el Rey, profundamente enamorado, se casó con ella.

Al cabo de un año, la Reina dió a luz un hijo. Una noche, estando sola en su cama, se le apareció la Virgen y la dijo:

—Si quieres al fin decir la verdad, te abriré la boca y te volveré la palabra; pero si insistes en mentir, me llevaré a tu hijo recién nacido.

Entonces pudo hablar la Reina, y exclamó:

—¡No; no he abierto la puerta!

La Virgen cogió al recién nacido, y desapareció.

A la mañana siguiente no encontraron al niño, y se esparció el rumor de que la Reina era una hechicera

Pasó otro año, La Reina tuvo otro hijo; la Virgen se le apareció de nuevo por la noche, y la dijo lo mismo que la otra vez; pero la Reina negó obstinadamente que hubiera abierto la puerta. La Virgen cogió a su hijo y se lo llevó a su morada.

Por la mañana, cuando se hizo público que el niño había desaparecido como el anterior, los consejeros del Rey pidieron que se la procesase; pero éste la amaba tanto, que no quiso darles crédito.

Al año tercero la Reina dió a luz una hermosa niña, y la Virgen volvió a presentarse a ella durante la noche, y la dijo:

—Si confiesas ahora que has abierto la puerta prohibida, te devuelvo tus dos hermosos hijos.

La Reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta.

La Virgen la quitó su tercera hija.

A la mañana siguiente, en palacio decían a una voz:

—La Reina es antropófaga; hay que condenarla a muerte.

El Rey tuvo en esta ocasión que seguir el parecer de sus consejeros; la Reina fué condenada a morir en una hoguera. Estaba ya dispuesta la pira, atada la víctima al palo, y la llama comenzaba a rodearla, cuando se derritió el hielo de su orgullo, y su corazón fué tocado de arrepentimiento.

Entonces volvió a recobrar la voz y dijo:

—Sí, Virgen María; soy culpable.

Al decir esto, estalló una violenta lluvia que apagó la hoguera, y apareció la Reina del cielo, llevando a sus lados los dos niños y en brazos la niña recién nacida, y dijo a la Reina con acento lleno de bondad:

—Todo el que se arrepiente y confiesa su pecado, alcanza el perdón.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — **Casilla 63-D.**

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 23 de septiembre.

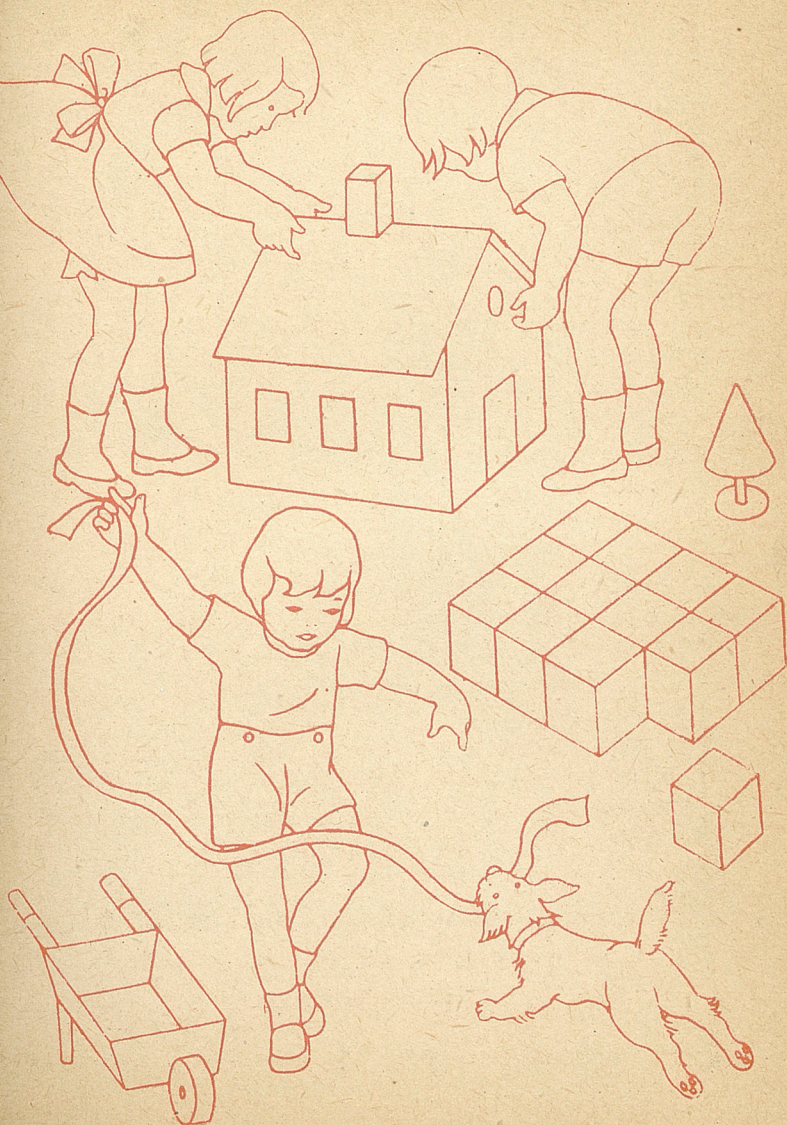
El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrà más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

**Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la
Página del Concurso.**

PAGINA DEL CONCURSO

(Cuadro No. 15)



Póngale color a este cuadro y envíelo, con su nombre y dirección a esta revista



... mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico . . .

YO NO QUIERO QUE ME PASE LO MISMO!

*Tienes razón, hijito; pediré a la
CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.
un estudio de la intensidad luminosa que se debe
emplear en nuestro hogar.*